

60 años después de la Guerra  
Por Jungo Kawanami

*Sobreviví al bombardeo atómico.  
Y ahora, al alcanzar los 70 años de edad,  
Canto un réquiem por mi padre.*

Experimenté el bombardeo atómico de Nagasaki en ese caluroso día del 9 de agosto, justamente después de mi undécimo cumpleaños. Desde el año 1944 mi padre trabajaba en el Astillero de Mitsubishi en Nagasaki, donde la Armada le asignó como ingeniero. Mi madre había muerto por tuberculosis en el año 1943 cuando yo era todavía un pequeño niño que iba entrar en el tercer grado de la escuela primaria. Mi padre volvió a casarse rápidamente porque todavía yo era pequeño y cada vez las cosas se volvían más difíciles debido a la guerra. Se casó con una mujer que alguien le había presentado. Vivía con la hermana de mi nueva madre mientras asistía a la Escuela Primaria perteneciente a la Universidad de Kumamoto.

Mi padre y mi madrastra se mudaron a Nagasaki en el año 1944. Fui con ellos porque la situación de la guerra se había intensificado en Kumamoto y quería vivir con mi padre. Así que me trasladé al barrio de Inasa, en Nagasaki, en marzo del año 1945 y empecé mi quinto grado en la Escuela Nacional de Asahi. Apenas teníamos clases en la escuela. Las raciones de comida estaban limitadas y como mucho nos daban granos y batatas. Pasaba la mayoría de mi tiempo en un refugio antiaéreo y casi nunca estaba en mi propio cuarto. A últimos de julio sucedió un evento ominoso: una lápida sepulcral entró en nuestra casa atravesando sus tejas y aterrizó verticalmente en el medio de un tatami (estera gruesa de paja cubierta con un tejido de juncos japoneses). Debió de haber sido arrojada por el impacto de una bomba que explotó en un cementerio cercano. Mi padre empezó a pensar en enviarme a la casa de sus padres que se encontraba en una zona rural de Fukuoka llamada Hishino, pero entonces, el 9 de agosto del año 1945, EE.UU. arrojó una bomba atómica. Ese día hizo mucho calor a causa de un sol que ardía furiosamente. Algunos de mis amigos vinieron a mi casa por la mañana para pedirme que fuera a nadar con ellos, pero les dijo que me encontraría con ellos un poco más tarde, dado que tenía hambre como siempre y primero quería comer algo. Mientras estaba comiendo algunos frijoles asados que habíamos guardado para casos de emergencia, oí una sirena estridente y una tremenda explosión. También vi un destello brillante. En ese mismo momento mi cuerpo se alzó en el aire y a continuación cayó al suelo. Quedé tan aturdido por el susto que no podía deducir lo que había pasado. Lloré y lloré sin saber cuánto tiempo estaba pasando. Solo volví en mí cuando oí a alguien gritando, “¡Ayúdame! ¡Ayúdame!”. Sentía un gran dolor y comprendí que estaba atrapado debajo de los escombros. Las vigas y tejas de nuestra casa demolida me sujetaban por la espalda y las piernas. Usé toda mi fuerza para liberarlas y conseguí salir de la casa. En el exterior todo estaba completamente envuelto en llamas. Había nubes de polvo por todas partes. A pesar de las lesiones de mis brazos y piernas, conseguí sobrevivir en ese mar de fuego milagrosamente. Me metí en un refugio antiaéreo, donde vi a personas cuya piel había sido quemada y desgarrada, dejando al descubierto algo que era hueso o tejido. No podría decir qué era. Había también personas que parecían bestias gimiendo de agonía y otras que ya habían muerto. Las personas iban muriendo en ese refugio antiaéreo una tras otra, sin recibir ningún tratamiento ni comida. Tampoco había ninguna luz. Sólo había una oscuridad como la de la noche. Yo temblaba por el miedo esperando a mi padre.

Tarde por la noche, no sé exactamente qué hora era, mi padre regresó y vino al refugio arrastrándose desde Urakami, donde había caído la bomba. Su cuerpo quemado estaba

cubierto con una capa mojada que probablemente había recogido en el camino. En cuanto me vio la cara, mi padre cayó sobre el suelo sin pronunciar ni siquiera una sola palabra. Nunca volvió a despertarse y una semana después murió. Tenía 37 años de edad. Yo estaba tan agobiado por el dolor que ni siquiera podía llorar. Solamente recogí pedazos de madera y los utilicé para incinerar el cuerpo muerto de mi padre. El cuerpo de un hombre no se quema fácilmente. Entonces oí los rumores de que EE.UU. iba a lanzar más de esas bombas terribles y que matarían a cualquier japonés que vieran. Puse las cenizas de mi padre en un recipiente y vagué entre las casas demolidas buscando algo que comer por la zona de la cocina. Era casi a finales de agosto cuando una mujer que se encontraba en el jardín detrás de una casa agrícola me dijo que la guerra se había terminado.

Los astronautas que han ido al espacio nos dicen lo bonita que se ve la Tierra desde allí arriba, pero los hombres todavía siguen fabricando armas nucleares y empezando guerras. Me duele ver el ataque en Irak. La preciosidad de la vida humana, la importancia de una paz eterna para toda la humanidad y la filosofía del Artículo 9 de la Constitución japonesa deben conservarse. Nunca debemos tener de nuevo una guerra tonta.